

DE LA LENGUA AL LIBRO

SAÚL ROSALES CARRILLO

También mucho después de creado el lenguaje e inventada la escritura, la humanidad se preocupó por su maravillosa creación que permitía sacar y fijar su pensamiento.

17



D

e la lengua al libro el autor lleva palabras. Tuerzo la sintaxis en esta oración para ceñir mi discursillo a la frase que dio tema a estas palabras y que normalmente diría sin forzar la construcción natural, “el autor lleva palabras de la lengua al libro”. En fin, para ir entrando en el tema, digamos que como hacían quienes escribían en la tableta de arcilla o de cera, en el rollo de papiro, en el pergamino de cordero o en el papel de inmemorial origen chino, el escritor contemporáneo lleva al libro las palabras y las formas de articularlas y estructurarlas. Un libro también puede ser sólo de imágenes y, antiguamente, aunque quizá todavía, en las imprentas y en las papelerías se anunciaban “libros en blanco”, que eran libros en verdad sin texto para anotar el debe, el haber, el saldo, el total de la contabilidad. Pero ahora pensamos en el libro al que le dan esencia las palabras. Y solas o combinadas con otras, las palabras que el autor lleva de la lengua al libro son representación de imágenes, de ideas, de conceptos y sentimientos y con todo esto la palabra lleva representaciones de ciudades, sitios rurales, pobladores, exaltaciones y serenidades de la naturaleza. Con las palabras que el escritor lleva de la lengua al libro reproduce mundos reales y mundos imaginarios, la cotidianidad impertérrita y las ficciones plásticas. Y aquí ya estamos hablando de las palabras que *el creador de literatura* lleva al libro. Porque como sabemos hay autores de libros de literatura y entretenimiento y autores de libros de información y formación. Al hablar aquí nos referimos básicamente a los autores de libros de literatura.

La frase que abrió el discurrir de estas ideas contiene dos términos que indican dirección, uno es la preposición *de*; el otro es la *a*, aglutinada con la *e* del artículo *el*. Ambos términos, *de* y *al*, nos dicen en la frase que existe algo que se dirige de la lengua hacia el libro. Si nos preguntamos qué es, al momento podemos proponer-nos muchas posibilidades, pero entre todas escogimos dos, primero, el autor con sus palabras, segundo, en nuestro tiempo, la imprenta. Digo en nuestro tiempo porque antes que aparecieran los medios mecánicos existieron como soporte para la escritura de libros, ya lo dijimos, el rollo de papiro, el lienzo de pergamino y el pliego de papel.

Sin embargo recordemos que la lengua existió y se desarrolló sin necesitar el libro ni el signo que la fijara, el habla apareció incontable tiempo antes que el libro. Para más o menos imaginar cuándo y cómo la humanidad fue desarrollando la lengua al transformarse fisiológica y mentalmente se pueden leer estudios como *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, de Engels; *La necesidad de arte*, de Fischer, y *Pensamiento y lenguaje*, de Gorski y otros. Mucho después de dominar la capacidad de hablar, la humanidad sintió la necesidad de fijar, no la lengua –por ella se preocuparía en otro momento–, sino ideas como: Juan al irse a trabajar lejos dejó a mi cargo un costal de cebada y se compromete a pagarme un tercio de su producto por cuidárselo. O bien: de un tercio de tasega de cebada que me ganó cuidándosela a Juan le prestaré la mitad a Pedro y éste me regresará como intereses el doble dentro de tres lunas. Así, la necesidad de preservar información hizo a la humanidad inventar la escritura (y según este ejemplo el agio y el banco y el capital financiero) y al querer conservar lo escrito fue concibiendo lo que acabó siendo el libro como lo conocemos ahora, manual, portátil, más o menos barato, desechable y con otras características que lo hacen amable.

También mucho después de creado el lenguaje e inventada la escritura, la humanidad se preocupó por su maravillosa creación que permitía sacar y fijar su pensamiento. Los textos védicos describen la lengua a partir del siglo XVI a.C. Estable-

cen normas lingüísticas y de ellos se desprende una "gramática", una meticulosa fonética y una precisa etimología para que los himnos religiosos se pronunciaran tan bien que no hubiera ruidos extraños que estorbaran la comunicación de los hombres con los dioses. No lo he leído, pero por lo que he oído de él supongo que en el *Kamasutra* también viene algo sobre el uso de la lengua. Platón, cuatro siglos antes de esta era, en su diálogo *Cratilo* se ocupa de las propiedades significativas de la lengua y, en fin, en el Renacimiento, Dante escribe de la preeminencia de una lengua frente a otra, de que una es mejor que otra. El autor de la *Divina comedia* elogia a la lengua vulgar con razonamientos no poco curiosos. En *La vida nueva* nos dice: "No hace muchos años que aparecieron los primeros poetas en lengua vulgar, y hablar de versos vulgares equivale [a] hablar de versos latinos. [...] Y el primero que empezó a componer en dicha lengua, lo hizo para que comprendiera sus palabras alguna mujer a la que era difícil entender los versos latinos. [...] tal forma de expresión [la lengua vulgar] fue inventada para hablar del amor".

En otra obra, con tino llamada *Tratado de la lengua vulgar*, Dante expone lo que se debe entender con esta expresión: "[...] llamamos lengua vulgar [a] aquella a que los infantes se acostumbran por oírlos de los que los rodean cuando al principio de sus vidas empiezan a distinguir los sonidos [...], entendemos por lengua vulgar la que, sin ninguna regla, recibimos de imitar a la nodriza. De allí que haya otra lengua secundaria para nosotros que los romanos llamaron gramatical". Así pues, el latín de los libros, el heredado del Imperio Romano, el mismo que usaba la gente culta del tiempo de Dante y el propio Dante era una lengua secundaria. La principal era la que se oía en las casas, en las calles; la lengua del pueblo.

Una vez revaluada la lengua vulgar se desataron los elogios que la enaltecieron. Un escritor español exiliado en Italia, Juan de Valdés, en 1535, retoma la idea de Dante y la expresa de una manera que ahora puede parecernos más que gustosa por el dulce sabor materno. Valdés escribe en su *Diálogo de la lengua*: "[...] todos los hombres somos más obligados a ilustrar y enri-

quecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en libros."

Muchos volúmenes que trataban de la lengua vulgar se publicaron ya que se extendió la utilización de la imprenta de Gutenberg por Europa. Unos fueron escritos para darle lustre o, como dice Juan de Valdés, para ilustrarla, otros para exhibir su belleza. De estos libros en nuestra lengua destacan *La Celestina*, de Fernando de Rojas y tras ella pero no tras ella aunque con una gran admiración por ella, *Don Quijote*.

Así pues, al escribir literatura el autor lleva de la lengua al libro palabras de la lengua vulgar y de la lengua culta. Podemos decir que según sus necesidades expresivas el escritor lleva de la lengua al libro, *uno*, palabras de niveles ilustrados; *dos*, palabras de niveles menos ilustrados o no ilustrados o lo que podríamos llamar habla popular; *tres*, palabras de hablas ficticias. Técnicamente el habla es la manera en que cada uno usa su idioma, su lengua; cada quien recurre a ciertos elementos del español y los emplea y esa es su realización de su idioma, su habla. Hecha esta aclaración veamos ejemplos de la proposición anterior sacados de libros de tres autores locales de prestigio extendido más allá de nuestros linderos. Un habla realista y de niveles ilustrados la encontramos en la novela *Partitura para mujer muerta*, de Vicente Alfonso. Leo de su página 82:

Pasan ¿cinco, diez minutos? En cuanto sube al metro y siente cómo el convoy comienza a moverse vuelve a pensar en Perla Cantú. Debíó haberla encarado aquel día en Bellas Artes, debíó clavarle el formón sin preguntas, sin pedir explicaciones. ¿Dónde estará ahora? Perla. Perla Cantú. Tiene que encontrarla. Enfrentarla. Ver cómo nace en su cara un gesto de pánico frente al revólver cargado. Apuntarle. Oírlo llorar, pedir perdón, o ni siquiera eso, sólo sentir con la descarga la tranquilidad que llega cuando la historia ha concluido, cuando el ciclo se ha cerrado. Baja del vagón en la Estación Bellas Artes y sale de los túneles. El cielo grisáceo comienza a deshacerse en goterones.

Las palabras transcritas son de alguien –digo alguien porque un lector las puede tomar como del narrador que está contando la historia y otro lector las puede tomar como del autor del libro–, son de alguien culto que maneja la lengua con escrupulosidad y soltura, con eficacia comunicativa y sentido estético, son palabras de habla de nivel ilustrado. El narrador culto de *Partitura para*

Quienes publican obras de literatura, o para ser más apegados a lo que nos interesa, de narrativa, se pueden mover en los distintos niveles de la lengua gracias a su cultura y pueden llevar de la lengua al libro expresiones como las que oímos en la conversación familiar, en el lugar de trabajo, en el transporte público, en fin, en la calle.

mujer muerta tanto como el autor del libro conoce los ritmos, la precisión de los mecanismos, las resistencias de los materiales que constituyen su habla y la maneja como manejar la pieza perfecta que es una pistola y nos embute en la tensión que vive su personaje. La precisión del habla culta en una obra como ésta de Vicente Alfonso nos hace pensar en lo maravilloso que es el libro porque su sustancia es la lengua y la lengua no es sino el fluir de imágenes que son extensiones de la vida más rica o más pobre de nuestra cotidianidad. El libro nos sitúa en un más allá aunque permanezcamos más acá de sus páginas.

Quienes publican obras de literatura, o para ser más apegados a lo que nos interesa, de narrativa, se pueden mover en los distintos niveles de la lengua gracias a su cultura y pueden llevar de la lengua al libro expresiones como las que oímos en la conversación familiar, en el lugar de trabajo, en el transporte público, en fin, en la calle. Veamos un narrador que nos cuenta una historia con habla realista y de nivel popular o menos ilustrada que el habla culta. El ejemplo lo tomo de la novela *Juegos de amor y malquerencia*, de Jaime Muñoz. Leo: "Curtidos por la dureza del solazo lagunero, los hombres que trabajaban para don Marcial Ibarra se habían impuesto desde escuincles a una vida sin mucha entretención. Estaban hechos para sobarse el lomo en la labor y casi nadie se quejaba. Vivían entre las acequias y los surcos, entre las vacas y las gallinas culecas. Por lo regular todas las horas se la pasaban en el trajín del polvo que en la hacienda de Santa Teresa dejaba toneladas de algodón, de ese algodón que sin duda era el más mejor y que se vendía muy bien en todas partes."

Seguramente las resonancias de palabras y frases del habla popular danzan en la cabeza de quien pasa sus ojos de lector por las anteriores líneas. Aunque tal vez no se alteren por la popular metátesis de *culecas* por *cluecas*. El narrador que pone Jaime Muñoz a contarnos la historia de los tereseros, fugado del suelo rural, se ha ilustrado parcialmente pero no al grado de que su evolución lo purgara de palabras, modos y giros del habla popular que línea tras líneas van dando al lector de *Juegos de amor y malquerencia* el goce literario.

Por su cultura, los escritores son capaces de recrear, reinventar, intentar destruir, reconstruir, mutilar el habla. Recordemos, el habla es la realización individual de la lengua, la manera en que cada uno habla su idioma.

El habla de una narración, la de los personajes y la del propio narrador, puede ser ficticia, en la totalidad o en partes de la historia contada. Un

ejemplo mayúsculo es el habla de don Quijote. El máximo personaje de la literatura en lengua española no se expresa como los hombres cultos del tiempo de Cervantes ni como lo hacía la gente del pueblo. Su habla es ficticia, semejante a la de los héroes de los libros de caballerías. Sin embargo aclaremos que conoce la lengua vulgar y no deja de emplearla cuando viene al caso para mostrarnos su riqueza cultural y verbal de hombre ilustrado. De cualquier modo, en el Quijote contrasta el habla ficticia del protagonista con el habla culta de personajes como el Barbero, el Cura, el bachiller Sansón Carrasco, el Caballero del Verde Gabán y muchos otros y con el habla vulgar de Sancho y otros personajes. El español del Caballero del Verde Gabán y Sancho, aunque uno sea culto y el otro popular, nos suena natural; el español de don Quijote no nos suena natural a pesar de que nos seduce y nos divierte. Aunque, conformes con el genio de Cervantes, ni la negación ni la afirmación son absolutas.

De cualquier modo ejemplifiquemos el habla ficticia y de nivel popular con un fragmento escrito con estilo que seduce y divierte, es de un diálogo perteneciente al libro *La biblia vaquera*, de Carlos Velázquez. Platican un hombre y una mujer. Leo:

--Ay, Paulino. Se te escapa la tonada. Cuando se va de shopping, no es congraciante que no te baile ni un frijol en los dos kilómetros de tripa que te coexisten.

--Ah, qué mi alma. Esas son cosas de viejas. Yo sólo salgo por un par de botas.

--Oriéntate, Paulino. Es de riesgo. Pronosticaron el aporte del frente frío número ocho. Es de atenderse.

--No presuponga, mi alma. Esos eruditos del clima siempre profetizan errado. Están paralelos a los apostadores en las galladas. Se asumen siempre por el gallo equivocado.

--Ojalá. Ojalá y no atestigües una helada y te me enfermes de la friolera.

--Ni lo proclame, mi alma. No se desfile, voy a representármelo ileso. Recuerde que a la enfriada, con un depósito de un kilo de tequila, doble

poncho y sarape se le espanta.

Este fragmento es divertido e inteligente. Carlos Velázquez hace con la lengua lo que quiere porque sabe jinetear las posibilidades del habla. De ese modo crea una forma de hablar ficticia. En el diálogo de sus personajes las estructuras sintácticas *permanecen*, pero para sostener palabras que en la lógica común no se corresponden, y sin embargo, en la lógica de la literatura resplandecen. En *La biblia vaquera* la palabra es la ficción, la palabra es ficticia. Carlos Velázquez ya desliza una palabra extranjera, ya inserta un raro participio activo, ya presenta un verbo inusual donde esperábamos sin cuestionamiento el habitual, ya hace lo mismo con un sustantivo, ya usa un seudónimo que resulta seudo por el contexto que lo repulsa, ya hace aparecer términos que parecen cultismos, ya emplea de manera deliberadamente equivocada un vocablo.

Como vemos, ese objeto que a veces arrumbamos o que despreciamos, o que olvidamos y que llamamos libro es tan maravilloso que soporta cualquier forma de realización de la lengua, desde la del hombre culto, pasando por la de la gente que no ha tenido la oportunidad de ilustrarse hasta la ficticia inventada por el escritor y que va m's allá de la usual entre la gente ilustre y entre el pueblo.

Ya dijimos antes que en el tramo que da tema a estos comentarios, de la lengua al libro, podrían existir el autor y la imprenta. Al primero ya acabamos de referirnos, pensemos ahora en la segunda. La imprenta es importante entre la lengua y el libro porque se encarga de estampar en las páginas del futuro volumen las palabras y con ellas los significados que esperan a los ojos del lector para colmarlos de imágenes y conceptos que llevar al cerebro. De la imprenta –todavía a pesar del avance de otros medios y tecnologías– salen los libros.

Cuando la imprenta de Gutenberg aún era novedad, cuando tenía poco más de un siglo arrojando luz al mundo, dos grandísimos poetas del Siglo de Oro de la literatura española le dedican unos versos. Entre tres octavas reales que en su famosa comedia *Fuenteovejuna* le dedica a los libros, Lope de Vega desliza su elogio a la



imprenta. Leo algunos de esos versos:

Después que vemos tanto libro impreso no hay nadie que de sabio no presuma.

Antes que ignoran más siento por eso por no se reducir a breve suma; porque la confusión, con el exceso los intentos resuelve en vana espuma; y aquel que de leer tiene más uso de ver letreros sólo está confuso.

No niego yo que de imprimir el arte mil ingenios sacó de entre la jerga y que parece que en sagrada parte sus obras guarda y contra el tiempo alberga; éste las distribuye y las reparte.

Tras reflexionar acerca de los efectos nocivos que en el lector producen los libros impresos, Lope reconoce que la imprenta sacó del anonimato a mil ingenios y que permite guardar las valiosas obras de todas las épocas para que las divulgue el tiempo.

La importante labor protectora de la imprenta contra la corrosión destructora del tiempo que de otro modo habría consumido la obra de muchos genios también es loada por Quevedo. Los libros y la imprenta reciben gran elogio en la breve extensión de un soneto creado por el genio de Quevedo.

Retirado en la paz de estos desiertos con pocos pero doctos libros juntos vivo en conversación con los difuntos y escu-

cho con mis ojos a los muertos.

Si no siempre entendidos siempre abiertos o enmiendan o secundan mis asuntos y en músicos callados contrapuntos al sueño de la vida hablan despiertos.

Las grandes almas que la muerte ausenta de injurias de los años vengadora libra, oh gran don Josef, docta la imprenta.

En fuga irrevocable huye la hora
pero aquélla el mejor cálculo cuenta
que en la lección y estudios nos mejora.

Doctos, pues, son los libros con que se acompaña Quevedo y él mismo nos dice que docta es también la imprenta. Docta es la imprenta porque salva del olvido a las grandes almas y a su obra y no sólo eso, también nos mejora con los libros que produce.

Así pues, en el supuesto tránsito de la lengua al libro, se pasa necesariamente por la galaxia de Gutenberg. Después de la imprenta los libros dejaron de ser como una pintura única para ser como una fotografía multiplicada. Pero ahora pensemos no en que un libro es valioso por su contenido de ideas y sentimientos, sino en que un libro es el medio donde aparece la lengua. Un libro es como la fotografía de una parte de la lengua. Igual que la foto retiene la imagen de un instante, el libro soporta un instante de la lengua y aquí recordemos que la lengua tiene como uno de sus componentes más ricos, o mejor, uno infinitamente rico, que es el vocabulario. La lengua siempre tiene vocablos nuevos y los hablantes siempre tienen la posibilidad de incorporarle más, aun cuando nunca lleguen a los libros. Si seguimos con la analogía, un conjunto de libros serían un conjunto de fotografías que nos permitirían acercarnos al gran mural que es la lengua. El libro es un expositor de la sincronía, es decir, del estado que presenta la lengua en un momento dado. Una bibliografía de un periodo nos dice con cierta fidelidad cómo se hablaba en el tiempo en que salió de las imprentas. Por ejemplo, leyendo a Guillermo Prieto, a Manuel Payno, a Francisco Zarco sabemos con mucha aproximación cómo era el español que se hablaba en México en el siglo XIX. Leyendo a Lope de Rueda, a Fernando de Rojas, a Cervantes en gran medida escuchamos la lengua española del siglo XVI. El libro es huella del paso incontenible de la lengua. Porque la lengua no se detiene, avanza, se transforma, deja de ser una para ser la misma. Un libro es un paso de la lengua y otro li-

bro es otro paso y así mediante los libros la lengua va dejando sus huellas en el horizonte de la sincronía y en el plano vertical de la diacronía, es decir, de un tiempo a otro. En el libro quedan los trazos cultos, los empujones vulgares, los artificios del ingenio de quienes han esculpido la huella de la lengua; las palabras, palabras, palabras que le dice Hamlet a Polonio cuando éste le pregunta que lee en el libro que lleva en las manos. La huella que es la obra literaria quedará como indeleble testimonio de que la lengua fue de tal manera en un momento dado y que, irrefrenable, sigue extendiendo su sincronía y edificando su diacronía. Y recordemos que las obras que nos permiten disfrutar la lengua de otras épocas nos las ha traído el arte de imprimir mencionado por Lope de Vega, la docta imprenta vengadora de la injuria del olvido que nos hace el tiempo, según dice Quevedo.

Finalmente advierto que aunque he dejado que se me deslicen algunos términos técnicos, algunas palabras de la lingüística saussureana, más bien me he referido al libro de literatura. El libro de literatura contiene los sueños que no podemos o que no nos atrevemos a tener y nos los entrega en la intimidad propicia o en la convivencia tolerada o procurada. Un libro le da más brillo a las alucinaciones de la soledad. Lo maravilloso del libro de literatura es que letra a letra, palabra tras palabra nos adentra en una realidad distinta de la que está afuera de nuestros sentidos y como lectores podemos detenernos en ella y repasarla y revivirla cuanto queramos. En fin, el libro en general es un bien valiosísimo porque preserva el testimonio de que somos la especie superior de la naturaleza, preserva la palabra y la palabra es el ser en tanto es la expresión del pensamiento. Un libro es el pensamiento de un autor, todos los libros son el pensamiento de toda la humanidad.

Así pues, en el supuesto tránsito de la lengua al libro, se pasa necesariamente por la galaxia de Gutenberg. Después de la imprenta los libros dejaron de ser como una pintura única para ser como una fotografía multiplicada.